

mediatamente. El mismo Barradas, confundíendose entre los soldados, metido en el agua hasta el pecho, y desnudo como ellos, animando á unos y ayudando personalmente á otros, permaneció así desde que empezó el desembarco hasta que terminó completamente, sufriendo, con semblante risueño, los rayos abrasadores de un sol que parecia incendiar la tierra. Mientras una parte de la tropa se ocupaba en ayudar á los que aun estaban en el agua, otra se ocupaba en construir barracas y abrir pozos para aguada, que era abundante y de buena calidad la que habia inmediata al campamento.

1829. Si ex-profeso se hubiera buscado la manera de destruir á los soldados que componian la expedicion, no hubiera escogido el gobierno español época mas terrible, ni Barradas punto menos conveniente para desembarcar. El vómito y las fiebres amarillas que diezman en toda estacion la gente europea que desembarca en las costas de Méjico, en el mes terrible de Julio en que la expedicion española llegaba, debia necesariamente terminar con ella, sin necesidad de otros enemigos. Si se hubieran enviado tropas aclimatadas en la isla de Cuba, la disposicion podria haber encontrado alguna disculpa; pero todas habian sido enviadas de España á la Habana en los meses de Mayo y Junio, y era preciso que la mayor parte fuesen víctimas del mortífero clima de las costas. Bajo los rayos abrasadores del sol de los trópicos, en la estacion mas calurosa del año, desembarcaban los soldados españoles de la manera referida, cantando unos, maldiciendo otros, y sedientos y fatigados todos. Este penoso desembarco que, como he dicho, empezó á las seis de la

mañana, terminó poco antes de ponerse el sol, convirtiéndose, como por encanto, aquel desierto arenal, en una poblacion animada.

Marchaba de vicario castrense de la expedicion un sacerdote mejicano, Fray Diego Miguel Bringas, natural de Sonora, decidido partidario de la causa realista en la insurreccion de 1810, y que salió del país al hacerse la independencia: habia sido guardian del convento de los misioneros de Querétaro, y era uno de los que no dudaban de que el país anhelaba volver á unirse á su antigua metrópoli. Al saltar á tierra y hallarse en la tienda de campaña en que estaban Barradas y Laborde, arrebatado de entusiasmo por el orden con que se habia efectuado el desembarco y animado con la esperanza de que el país iba á recibirles amistosamente, improvisó un soneto felicitándoles por su acierto en las disposiciones que habian tomado.

Desde una distancia regular de la playa en que los españoles habian formado el campamento, observaban sus operaciones seis mejicanos, montados á caballo, que permanecieron allí hasta la puesta del sol: eran guarda-costas de Tampico, que se alejaron al oscurecer y que sin duda irian á dar parte de lo que habian presenciado.

El siguiente dia 28, se les leyó á los soldados, á la hora de la lista, una proclama del general Barradas. En ella les recomendaba que fuesen indulgentes y generosos con sus contrarios; que en los pueblos y humildes cabañas fuesen el amparo del desvalido; les recomendaba la mas severa disciplina y el buen comportamiento con los naturales del país, y terminaba diciendo que así como recompensaria

las buenas acciones, castigaria los excesos. (1) Pocas horas despues se dió la órden de marcha para el dia próximo 29, y se repartió á los soldados otra proclama del general de marina D. Angel Laborde, reducida á ensalzar la fortaleza con que habian sabido hacer frente á los obstáculos y á augurarles el buen éxito en la empresa que les habia confiado el soberano. (2) El padre Fray Diego Miguel Bringas que era uno de los que mas confianza habia hecho concebir á Barradas de que el país anhelaba volver á ser regido por los monarcas españoles, dió tambien una proclama, no á los soldados expedicionarios, sino á los habitantes de los pueblos comarcanos, con

(1) La proclama, íntegra, decia así: «Soldados: Hemos emprendido la navegación en la estacion mas rigorosa del año, en la que se tienen por inaccesibles estas playas; el Dios de las batallas que vela por nosotros, nos ha traído á puerto de salvamento, y es el mejor prelude de que saldremos victoriosos en la grandiosa empresa que el rey nuestro señor ha confiado á nuestro valor, constancia y fidelidad. Soldados; debemos primero dar gracias al Ser Supremo, y en seguida emprendamos la marcha por tierra, á inmortalizarnos en los campos de las armas y en los pueblos y humildes cabañas, siendo el amparo del desvalido, y generosos é indulgentes con los vencidos. Os recomiendo de nuevo la mas severa disciplina y el buen comportamiento con los naturales de estos países. Me conoceis, y sabeis que, así como recompensaré vuestras buenas acciones, castigaré los excesos. Viva el rey nuestro señor. Cuartel general de las playas de Santander á 27 de Julio de 1829.—Comandante general de la division de vanguardia.—*Isidro Barradas.*»

(2) La proclama decia así: «Soldados y marineros: He visto con placer cumplidas mis esperanzas: sabia que mandaba á españoles valientes y arrojados, y contaba con estas virtudes cuando os hablé en la Habana: solo con ellas pueden vencerse los obstáculos que opuso la naturaleza para operar un desembarco en estas costas. El Dios de los ejércitos protegió vuestros esfuerzos: el pabellon español ha vuelto á tremolar en las riberas de Méjico, y la valerosa vanguardia del ejército real, en torno suyo unió sus aclamaciones á las vuestras, y mil y mil vivas que partieron de vuestros corazones, saludó aquella noble

la ilusoria creencia de atraerlos á la causa realista, exhortándoles á que se presentasen al general español que iba autorizado por el rey para ofrecerles el ramo de oliva y restituirles á la paz y abundancia que antes habian disfrutado. (1)

Al brillar la luz primera del dia 29 de Julio, y al toque animador de diana, la division española se formó en tres secciones, fijando la direccion hácia Tampico. La insignia con que vuestros abuelos inmortalizaron su memoria. El mundo entero observa y admira vuestro denuedo: esta empresa era digna de vosotros. Regocijaos, marineros y soldados: el rey nuestro señor, el padre de sus pueblos, el amado Fernando VII oirá con complacencia vuestros hechos: yo os lo aseguro, y os doy las gracias en su real nombre. Démoslas nosotros al Ser Supremo, y en la efusion de nuestros sentimientos de amor al mejor de los monarcas, hagamos resonar en todo el orbe los votos que nos arranca el mas sincero de todos los afectos. ¡Viva el rey, viva el rey, y siempre viva el rey! Navío *Soberano*, al ancla, frente á Punta de Jerez, en la costa de Nueva, á 28 de Julio de 1829.—*Angel Laborde.*»

(1) No quiero privar al lector de conocer esa proclama que da una idea de la falsa creencia en que se estaba en Europa, y aun en los Estados- Unidos, de que la sociedad mejicana anhelaba volver al estado colonial, al ver al país presa de los revolucionarios. Hé aquí, copiado al pié de la letra la expresada proclama. «El R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, misionero apostólico del colegio de Santa Cruz de Querétaro, predicador honorario de S. M., á nuestros hermanos y fieles de los pueblos de Nueva-España; Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

»Las desgracias y nuestros pecados, hermanos míos, os han sepultado en el abismo de males que estais experimentando, desde que, como ovejas descarriadas, abandonando la verdadera guia de vuestro real pastor, os introdujeron en la tortuosa senda que seguís hace ocho años, desoyendo la voz de vuestro monarca. Compatriota vuestro, hijo de nuestro seráfico padre San Francisco, y profesor de su pobreza, sin aspirar jamás á los caducos tesoros de la tierra, no os puedo ser sospechoso; y me complace de que los votos que continuamente he dirigido á Dios Nuestro Señor por vuestra felicidad y la salvacion de vuestras almas, han sido oídos.»

»No perdais tiempo; presentaos con confianza al jefe de la vanguardia, el se-

primera seccion, compuesta del primer batallon á las órdenes del teniente coronel, primer comandante D. Luis Antonio Freire, formaba la vanguardia; la segunda, compuesta del segundo batallon, mandada por el comandante D. Juan Falomir, formaba el centro; y la tercera que la componian seiscientos soldados, por faltarle los cuatrocientos hombres que con su comandante D. Manuel de los Santos Guzman, arrojó el temporal á las costas de Nueva-Orleans, formaba la retaguardia, mandada por el capitán mas antiguo D. Juan Descallart, custodiando el pequeño convoy con cajas de guerra, parte del almacén, caja de fondos, algunas municiones de guerra y boca y dos botiquines. En el mismo dia y por unánime acuerdo de los comandantes de mar y tierra, se dispuso que la escuadra se hiciese á la vela con objeto de hacer el crucero sobre el puerto de Tampico y Veracruz, hasta que las circunstancias no obligasen á variar de parecer.

ñor comandante general D. Isidro Barradas que, autorizado por vuestro augusto soberano y antiguo monarca, viene con el ramo de oliva á ofrecer os la paz y restituiros la antigua ventura que habeis perdido. Antes erais felices, y disfrutabais todos los bienes terrenales, con la firme esperanza de que en la otra vida gozariais de la gloria en premio de vuestra virtud; mas desde que el espíritu de impiedad vino á introducirse en vuestro suelo, no habeis tenido un instante de reposo: guerras, pestes, robos, homicidios y cuantas plagas han tomado asiento en esta moderna Egipto, han sido el castigo que el Redentor del linaje humano os ha enviado. Dios es grande, misericordioso, y está entre nosotros: su piedad ha sido los votos que, sin cesar, le he dirigido por vosotros. Confíad en mí, y restituios al seno de la paz, bajo el amparo del mejor de los monarcas el Sr. D. Fernando VII, y él os recibirá como la tierna madre recibe en su regazo á su querido hijo. Cuartel general en las playas de Jerez, á 28 de Julio de 1829.—Fr. Diego Miguel Bringas.»

1829. Puesta en marcha la reducida columna en medio del sol abrasador de los trópicos y sobre un terreno de arena suelta y calcinada por el astro abrasador, en que se enterraban los piés del soldado, entorpeciendo su marcha, pronto se hizo sentir, como era natural, el cansancio, la sed devoradora, y la necesidad de algun alimento. Es preciso haber viajado por aquellas abrasadas playas donde no se encuentra una choza, ni una fuente, ni un arroyo; donde cayendo á plomo los rayos del sol vierten un calor sofocante que convierte en abrasada lava aun la escasa brisa que se recibe del mar, para apreciar cual merecen las penalidades que sufrir debió aquel pequeño ejército que caminaba bajo un cielo de fuego, respirando una atmósfera sofocante, y sobre un pavimento de llamas, pues no era ya otra cosa el inmenso arenal que atravesaba. Despues de haber caminado de esta suerte hasta las once del dia, el jefe mandó hacer alto para que descansara el soldado y tomase algun alimento. En aquella hora en que el sol se encontraba casi en la plenitud de su fuerza, reflejando en la abrasada arena como en un lago de fuego, los expedicionarios, sin encontrar un árbol donde guarecerse, bajo la influencia de un calor asfixiante que apenas dejaba sentir la brisa del mar que se hallaba á la derecha á muy pocas varas de distancia, cubiertos de sudor y agobiados bajo el peso de las armas, dispusieron un rancho con arroz, patatas y tocino, que reanimó las agotadas fuerzas del soldado. Emprendida de nuevo la marcha, acamparon, al llegar la noche, sobre los mortíferos médanos, despues de haber hecho una jornada de cinco leguas, que es una marcha asombrosa, si se

atiende á lo abrasador del clima y al ir marchando sobre un suelto arenal en que se enterraban los piés. Tendidos aquellos hombres sobre los malsanos médanos que aun conservaban el calor de los ardientes rayos del sol, abrasadas las plantas de los piés por el calcinado arenal en que habian caminado, apenas pudieron disfrutar del sueño, acosados por el ponzoñoso *jejen* (1) y el mosquito que infestan aquellas cenagosas costas, formando una especie de nube que envuelve al que viaja por ellas. Al amanecer del dia 30 se prosiguió la marcha en las misma direccion y en las mismas circunstancias que el anterior. Como á las nueve de la mañana se presentó á caballo un campesino que, aproximándose á Barradas, le advirtió que marchase con precaucion, pues tenia entendido que se trataba de hostilizarle en su marcha. El jefe expedicionario le dió las gracias; pero no tomó precaucion alguna no dando

1829. crédito al aviso. Descuido reprehensible en un general que no cuenta con ningun ejército de reserva y que camina sobre un país contrario y mortífero!

A las pocas horas de marcha, el calor empezó á ser insoportable: el sol parecia caer con mas fuerza, caldeando la suelta arena en que hundian sus calcinados piés los soldados, cuyas manos y rostros llevaban las terribles marcas del agudo aguijon del *jejen* y del mosquito. La sed era intensa y no habia ni una fuente ni un arroyo donde mitigarla. Era cerca del medio dia, y Barradas, conociendo los incalculables padecimientos de la columna

(1) Especie de mosquito, cuyo piquete levanta grande ámpula, causando una comezon insoportable.

expedicionaria, mandó hacer alto, y ordenó que con los instrumentos que cada cual pudiese conseguir, se hiciesen hoyos en la arena para proporcionarse agua. Los soldados, con una ansiedad indecible emprendieron el trabajo, y al descubrir el anhelado liquido, se arrojaron sedientos á él, filtrando, para poder beber aquella agua salobre y arenosa, por los pañuelos, por un trapo, y muchos que de esto carecian, por la punta de la camisa que sacaban para conseguirlo. (1) En aquellas críticas y angustiosas circunstancias en que el salobre liquido lejos de disminuir aumentó terriblemente la devoradora sed de la tropa, un recio aguacero, tan frecuentes en aquellas costas en el mes de Julio, vino de repente á reanimar el espíritu de los que hacia un momento pensaban desfallecer. «¡Agua!... ¡Agua!» exclamaban henchidos de placer indescriptible; y todo el mundo, soldados y oficiales, recogian el agua, abriendo unos sus pañuelos, recibíendola otros en sus chacos, algunos en las fundas que quitaban á sus morriones y otros en las ollas de hojalata en que se cocia el rancho, «celebrando el acontecimiento de la lluvia,» dice en su manuscrito el oficial expedicionario que me lo regaló, «como si fuese el primer festin de la vida: hubo momentos de efusion dificiles de explicar.» El agua era

(1) El oficial que me dió el diario manuscrito que hizo de esta expedicion en que él fué, dice: «Se da alto y orden para que con los instrumentos que cada uno pueda proporcionarse se hagan pozos, cuya agua habia que beberla á beneficio de un trapo ó pañuelo, y muchos soldados que carecian de él, sacaban la delantera de sus camisas, y por ellas filtraban aquella agua arenosa y salobre.»

para aquellos sedientos hombres, lo que el puerto para el affigido náufrago que se salva de las olas. Habian creido encontrar el principal elemento de la vida; y, sin embargo, aquel celebrado aguacero no era otra cosa que el gérmen de las enfermedades, de las dolencias y tal vez de la muerte. Nada hay mas mortífero en aquellas abrasadas costas, para quien no ha nacido en ellas, que mojarse despues de caminar bajo la influencia del ardiente sol de su brillante cielo. Cada gota caída sobre el cuerpo agitado por el calor, debe considerarse como otros tantos agentes de la muerte; y tan seguro es su daño, que aun los hijos de aquellas playas, procuran no mojarse, pues ni ellos mismos se libran, de lo contrario, de molestas calenturas dificiles de curarse. En las guerras civiles de aquel país se ha dado el caso de tener que levantar el sitio puesto á Veracruz, por haberse enfermado ochocientos hombres de los sitiadores, el dia siguiente de un fuerte aguacero sufrido á la intemperie.

Despues del pequeño respiro concedido á la tropa y aplacada la devoradora sed, se continuó la marcha hasta 1829. la caída del sol, haciendo una jornada igual de leguas á la del dia anterior, y formando el campamento sobre los médanos para pasar la noche. El dia 31, al brillar la luz primera, se emprendió la marcha en el mismo órden que en los anteriores. A medida que avanzaba el ejército, el aspecto del camino era menos triste, pues se veia alguna vegetacion á la izquierda, que alegraba la vista del soldado: la vegetacion se mostraba cada vez mas vigorosa, y pronto caminaron ya teniendo á un lado el mar, y al otro espesos matorrales. Eran las diez

de la mañana. El primer batallon habia pasado por enfrente de un sitio mucho mas frondoso que los demás, distante cien pasos de la playa: empezaba á pasar la cabeza del segundo, cuando se escuchó la terrible detonacion de varias piezas de artillería, acompañada de mortífera metralla, que tendió en el suelo once soldados. Aquella inesperada emboscada y la sorpresa causada con ella, introdujo algun desórden en las primeras filas del segundo batallon que sufrió la descarga; pero la serenidad y sangre fria del comandante D. Juan Falomir, hizo que recobrasen su aplomo, y mandó que inmediatamente salieran el teniente D. Antonio Sanjurjo y el subteniente Don Eduardo Agusty, con media compañía de cazadores, á reconocer el sitio de donde habia salido la detonacion y la descarga de metralla. La órden fué puesta en ejecucion al momento, y penetrando los exploradores por distintas direcciones á la espesura, sorprendieron á su vez á los que habian hecho fuego, asaltando una especie de reducto circular, formado de ramaje, donde tenian colocados cuatro cañones de á doce. Los mejicanos se disponian á hacer otra descarga, pues tenia uno de sus artilleros ya la mecha encima del oido de un cañon, cuando se vieron acometidos por los cazadores españoles, uno de los cuales mató al que iba á disparar el cañonazo, sin darle tiempo á que lo hiciera. La sorpresa que les causó á los que defendian el reducto la presencia inesperada de la guerrilla expedicionaria, fué grande; y no pasando la fuerza que tenian, de cincuenta hombres, se vieron precisados á rendirse. No se concibe cómo aquel corto número de

mejicanos se atreviese á preparar una emboscada á la expedicion, y es de creerse que se habia dispuesto el reducto por algun jefe de los de la costa, que pensó salir á la vez á hostilizar á los expedicionarios con alguna caballería, pero que, viendo la actitud que tomó la tropa expedicionaria, no se atrevió á atacarla. Entonces se vió que el aviso dado el dia anterior por el campesino que se acercó á caballo al brigadier Barradas diciéndole que marchase con cuidado pues creia que estaban dispuestas fuerzas para hostilizarle en la marcha, era fundado. El no haberse aprovechado, pues, el jefe español de aquel aviso, causó la desgracia de algunos de sus soldados, y hubiera causado mucho mayores á no haber tomado el reducto con la prontitud que lo hicieron los cazadores enviados por el comandante D. Juan Falomir.

Dueña la division expedicionaria de los cuatro cañones, recogidos los once heridos que causó la descarga, y hecha la primera curacion de ellos por el fisico D. Pedro Santell, continuó su marcha, llevando prisioneros, pero perfectamente tratados, á los cincuenta prisioneros que se habian portado con valor, y que, por lo mismo, eran vistos con aprecio por los soldados.

A las cinco de la tarde del siguiente dia 1.º de Agosto, entraron las avanzadas de los españoles en Tampico, abandonado por sus habitantes desde por la mañana en que tuvieron noticia de que se acercaban las tropas expedicionarias. Solo quedaron en la poblacion algunos extranjeros avecindados en ella, que estaban bien seguros de la buena disciplina del ejército español. Poco despues llegó toda la division y entró en el mayor orden, respe-

tando todo, como era justo, observando oficiales y soldados una moderacion digna y noble. Como ningun mejicano habia quedado en la ciudad temiendo sin duda algun desman en la tropa por los heridos que habian tenido en la emboscada, Barradas trató de formar inmediatamente un nuevo ayuntamiento, para lo cual ofreció la vara de alcalde á uno de los extranjeros avecindados en el país, distinguido por su probidad y honradez. Siendo considerable el número de soldados atacados de malignas calenturas, y procurando colocarlos en un sitio ventilado, se escogió, para hospital, el convento de San Francisco, en el cual murieron cinco de los once expedicionarios heridos en la emboscada.

El almirante D. Angel Laborde, obedeciendo las órdenes que tenia del capitan general de la isla de Cuba Don Francisco Dionisio Vives, despues de haber desembarcado la expedicion en Cabo-Rojo, ó sea Playa de Jerez, volvió á la Habana, no dejando buque ninguno á Barradas, pues como dejó manifestado, se habia creido que el país entero acogeria fraternalmente á la fuerza expedicionaria. ¡Imprudente confianza que dejaba á una corta division abandonada en un país mortífero, sin un barco para reembarcarse si las esperanzas de adhesion salian fallidas, y sin poder internarse á clima benigno por no ser suficiente número de gente para dejar cubierta la retirada y poder avanzar!

A la alarmante noticia de que los españoles habian desembarcado, el comandante general del Estado en que se presentó la expedicion, D. Felipe de la Garza, puso en movimiento toda la tropa de línea y batallones de milicia

con que contaba, para operar sobre los invasores. Inmediatamente dió aviso de lo que pasaba, al general de brigada D. Manuel Mier y Terán que, como tengo dicho, habia ido comisionado, en la administracion del presidente D. Guadalupe Victoria, á reconocer los limites de la frontera de Tejas y los Estados-Unidos, y que se hallaba en aquellos momentos en Matamoros, de regreso de las Nueces, invitándole para que acudiese á la defensa del país. Terán se puso en camino inmediatamente hácia el lugar invadido, donde sus conocimientos militares podian ser de suma utilidad.

En Veracruz se tuvo la noticia de haber salido de la Habana la expedicion española, el 16 de Julio, por una fragata de guerra francesa que arribó á las aguas de aquel puerto; esto es, en el mismo dia en que los primeros buques de la flota llegaban frente á Cabo-Rojo. Con prodigiosa actividad trabajó el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que era el gobernador y comandante general del Estado de Veracruz, por reunir las milicias nacionales para la defensa del puerto y de las costas, ignorando aun el punto en que harian el desembarco los españoles, pues el oficial francés, bien por evitar compromisos de gobierno á gobierno, bien porque realmente no supiera el sitio del litoral elegido por el general expedicionario, solo pudo dar noticias de su salida. Como las arcas públicas se encontraban exhaustas, á excitacion del general Santa-Anna, el vecindario de Veracruz le hizo un préstamo y donativo de trece mil setecientos treinta y cinco duros, con cuya cantidad empezó á organizar las fuerzas que preparaba para el combate.

El 31 de Julio recibió el gobierno mejicano la noticia de haber desembarcado en Cabo-Rojo la expedicion española. Sin dinero en las arcas nacionales y acosado hasta entonces por la guerra que le habia hecho la oposicion, tuvo que hacer esfuerzos supremos para disponer fuerzas numerosas, no solo que marchasen sobre Tampico, sino que se acantonasen en otros puntos en que se creia se efectuarian otros desembarcos.

El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, en cuanto supo el lugar en que se hallaba la division de Barradas, reunió sin tardanza las tropas que tenia á sus órdenes, las cuales habia preparado con anticipacion, desde que tuvo la primera noticia de la salida de la expedicion por el oficial de marina francés, y venciendo con laudable patriotismo cuantos obstáculos se presentaban á su noble afan de combatir al enemigo, ordenó la marcha hácia Tampico, embarcándose con la infantería, y enviando por tierra la fuerza de caballería. Los esfuerzos de Santa-Anna para formar esta expedicion, fueron secundados por el patriotismo del pueblo veracruzano que le facilitó un préstamo de veinte mil duros. Como Méjico no tenia marina nacional, el general Santa-Anna dispuso una flotilla que supliese la falta de aquella para conducir por mar su infantería al teatro de la guerra. La expresada flotilla se componia de la goleta mercante *Lusiana*, de sólida construccion, que hizo armar en guerra, y en que iba él con su estado mayor y la banda de música del segundo batallon; de los bergantin goletas norteamericanos *William* y *Splendid*, que llevaban, el primero doscientos nueve soldados, y el segundo ciento ochenta y